

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

MATERIA: Clínica de Niños y Adolescentes

TITULAR: Prof. Titular Regular Dra. Marisa Punta Rodulfo

AUTOR TEXTO: Prof. Consulto Plenario Dr. Ricardo Rodulfo

Borradores de la clínica:

Tesis sobre el jugar

Para dar comienzo partiremos de un hecho fácil de constatar, y es que si uno quiere trabajar psicoanalíticamente con niños tiene que poder leer juegos. También dibujos, pero los juegos se hallan en el corazón de la actividad propia del niño. Cuanto más pequeño es el niño, esto más se impone, ya que si quisiéramos depender solamente de las palabras en la mayoría de los casos sería muy pobre lo que pudiéramos hacer. Si uno quiere trabajar con niños tiene que poder leer juegos, para poder intervenir en el juego y poder producir algo nuevo. En relación a esto, el psicoanálisis puede contribuir a mostrar que el jugar es algo que está en juego toda la vida, a lo largo de toda nuestra vida, de distinta manera, y que no es solamente cosa de chicos.

Ahora bien, la primera pregunta que nos surge remite a poder situar la cuestión del jugar. Nos podemos preguntar de dónde viene el juego, cómo ubicarlo. Concentrándonos en el psicoanálisis diríamos que su primer hallazgo, en lo que concierne a los niños, es la sexualidad infantil. El estudio principal de esto es el segundo ensayo de Freud de sus "*Tres ensayos para una teoría sexual*", que cambia radicalmente nuestra idea de niño. Además, propone romper con la ecuación principal que describe a la sexualidad como equivalente a la genitalidad. La sexualidad, tal como la piensa el psicoanálisis, es algo más amplio que la genitalidad. Esto corresponde a una época pansexualista del psicoanálisis. Se trata de una época donde la hipótesis de base es que, o bien todo es sexualidad, o bien todo deriva de aquélla. O sea, que de la raíz sexual de la vida humana dependerán muchas cosas, sexuales y no sexuales. Ya en este momento, alrededor de principios del siglo pasado, tanto en Freud como en sus primeros seguidores, aparece la palabra juego en una posición que podríamos catalogar como signifiante. O sea, no aparece como una reflexión sobre el juego o como una teorización, sino que figura como la idea de juego sexual infantil. A la manera de cierta conexión entre vida erótica y juego. Freud hablará de juego sexual infantil y en verdad de la teoría freudiana de la sexualidad infantil forman parte una actividad teórica

que remite a la construcción de mitos por parte del niño de teorías se infantiles.

Otra cuestión a la que Freud le da importancia remite al deseo de saber. Todo esto se encuentra formando parte de la sexualidad infantil. En esta época se puede desprender que si en la sexualidad no hay juego, será porque hay algo del orden del trauma. Por ejemplo cuando actualmente se habla de abuso sexual infantil, es decir donde la sexualidad queda marcada por una situación traumática, el juego desaparece o se ve jaqueado. Por lo general, la cuestión de juego en la sexualidad tiende dirigirse a todo lo que no es genital, es decir el caso de lo pre-genital, la oralidad, el sadismo, que hacen de la sexualidad un fenómeno muy complejo. No obstante, toda la cuestión de juego ligado a lo genital reaparece en cómo se piensa a todo lo exploratorio ligado a los genitales y a la masturbación, que cuando está libre de patología, se desarrolla muy lúdicamente. Ya en lo exploratorio pueden aparecer fenómenos de exploración lúdica de los genitales, que podría darse alrededor de los dos años de vida. Clínicamente, cuando hay juego en la sexualidad infantil, que podrían ser juegos sexuales entre dos o más niños, está libre de compulsión. Por ejemplo, si un niño presenta una masturbación compulsiva que hace que no pueda contenerse y haga actos masturbatorios en público, hay algo que aparece como incontenible. En este caso no hablamos de juego, sino de esta connotación compulsiva que indica que el juego sexual ha sido sobrepasado. La compulsión repetitiva caería por fuera del campo del juego. Sin embargo, ya el mismo Freud marca que cierto carácter compulsivo puede darse en el juego, pero debe diferenciarse lo que podría ser deseo de repetición y compulsión. Este deseo de repetición es una característica muy propia del niño, así como también caracteriza la situación de juego. Uno puede preguntarse cómo un niño puede ver tantas veces la misma película o la misma escena de la misma o repetir el mismo juego tantas veces. Esto conduce a una conexión entre jugar y actividad repetitiva. ***En el jugar repite la repetición, pero en esta repetición siempre hay una diferencia***, empezando por el hecho que no es lo mismo la primera vez que ve una película que la quinta, esto ya introduce una diferencia en este repetir la repetición. Reservamos la idea de compulsión para procesos más patológicos, donde la diferencia se reduce al mínimo y además el juego mismo se tensa por algo que esta perturbando y que implica una repetición poco placentera. Surge una cuestión de frontera a partir de todo esto, que remite a las fronteras entre sexualidad, juego, compulsión y repetición diferencial. Esta es una frontera móvil, precaria, no es una frontera clara, ya que no existe la frontera nítida. De esta manera, debemos ir caso por caso, no podemos basarnos en clasificaciones fijas, esto es lo que hace a la singularidad de un caso. Es decir, las maneras en las que se tejen las fronteras entre la sexualidad, el juego, la repetición con diferencia y la compulsión, son singulares en cada niño. De tales fronteras, podríamos llegar a extraer posibilidades, que debemos tener en cuenta, por ejemplo, a la hora de llevar a cabo una evaluación diagnóstica.

Una *primera posibilidad* es que el jugar quede interrumpido por su sexualización, que al sexualizarse un juego se vea interferido como tal. En este caso el juego se interrumpe porque se sexualizó. Una *segunda posibilidad* es que la actividad del juego impregne o “civilice” un impulso físico y le otorgue un carácter lúdico a algo del orden de un impulso sexual o un impulso meramente físico. Esta segunda posibilidad estaría más bien del lado de la inversa de la primera. Por ejemplo, un nene corre de un lado para otro y esto puede leerse como un puro despliegue motriz, pero en realidad se puede introducir un elemento lúdico, por ejemplo si juego a que lo corro. Lo lúdico transforma lo que de otra manera sería un puro acto físico, en bruto. Una *tercera posibilidad* es que haya un fluir, algo que integra lo sexual y lo lúdico, por ejemplo en muchas prácticas o muchos juegos autoeróticos del bebé o de un niño muy pequeño. En estos períodos de inactividad alerta, donde el niño no tiene hambre, ni sueño, o no le duele nada, pero está despierto, podemos ver alguna actividad autoerótica, como puede ser chuparse el dedo. Una *cuarta posibilidad* es que haya alternancias que se van sucediendo en un niño, y/o entre juegos sexuales entre niños pequeños, como por ejemplo la mutua exploración del cuerpo, y juegos que no tienen nada de sexuales. Aquí se introduce una segunda fase en el psicoanálisis en relación al niño, la sexualidad y el juego, una segunda fase en la que hoy continuamos estando, que deja atrás la primera fase pansexualista. Esta segunda fase está muy ligada a un autor como Winnicott, quien propuso una conceptualización del juego y del jugar como tal. Hasta ese momento se usaba el juego para la clínica, como se ve en muchos textos de Melanie Klein, de Anna Freud. Es decir se usaba el juego pero sin mayor reflexión específica sobre él. Esto tiene un punto de inflexión en Winnicott, ya que comienza a dedicarse específicamente al jugar y propone otro punto de partida para el asunto, ya que el jugar aparece con raíz propia, independiente de la sexualidad, no deriva de ésta. Lo cual quiere decir que el jugar y la sexualidad provienen de lugares distintos y se van a encontrar, como en la idea de juegos sexuales. Esto se puede reforzar si echamos un vistazo a la biología, al punto de vista de la evolución de las especies, diremos que el jugar hace su aparición mucho después de la sexualidad como modo de reproducción. O sea, concretamente el jugar hace su aparición con los mamíferos, es muy importante en los monos y los primates y tiene otra vuelta de tuerca en nosotros mismos. Mientras que la sexualidad nace como modo de reproducción con un patrón de secuencia instintiva, por ejemplo períodos de celo, conductas de apareamiento genéticamente programadas, en cambio el jugar emerge en la evolución de las especies justo allí donde lo instintivo declina. Cuando en un animal lo instintivo es débil, el jugar se hace presente, en cambio cuando el animal está regido por lo instintivo, no hay juego.

El jugar está ligado a tres cosas, a la importancia que toma el otro, mientras que el otro no tiene importancia. El segundo elemento al que se encuentra ligado el jugar remite a la capacidad de aprendizaje. Es decir, cuando declina lo instintivo aparece la capacidad de aprendizaje, cuando predomina lo instintivo no hay nada que aprender. Un chimpancé tiene

mucho que aprender para poder llegar a aparearse en su vida adulta con otro chimpancé, ya que se ha descubierto que si un chimpancé es asilado de su grupo y criado por fuera de este, luego no sabe aparearse. Además, el tercer elemento al que está ligado el jugar es la imitación, la aparición de la imitación como modo de transmisión. Cuando un chiquito de dos años y medio quiere agarrar el mismo juguete que tiene el hermano y no acepta otro, es porque desea lo que tiene el otro, aquí no hay instinto.

Entonces, cuanto más declina lo instintivo, la sexualidad permanece más abierta a la conexión con el jugar. Por esto no es casual la aparición, ya en Freud, de juego sexual. El juego sexual no es instintivo, sino que varía de un sujeto a otro, lo que resulta atractivo en un juego sexual es algo singular a descubrir. La sexualidad humana está muy impregnada de lo lúdico, a la vez que poseen dos raíces diferentes. Toda esta conceptualización permite ampliar el campo de la sexualidad infantil, es decir si pensamos en un niño desde el psicoanálisis, ya no podemos limitarnos a la idea de sexualidad infantil, sino que tenemos que incluir todo el capítulo referente a sus procesos de juego. O sea, cómo se encuentran: **desplegados, desarrollados, estereotipados, inhibidos, detenidos** dichos procesos, lo cual forma parte esencial de la evaluación del niño. Dos niños pueden tener el mismo síntoma, por ejemplo enuresis nocturna, pero uno de ellos tiene una capacidad de juego notable y el otro posee una capacidad de juego muy empobrecida. Entonces este indicador será fundamental. Por esto, cuando nos reunimos con un niño, le brindaremos el espacio para que juegue a lo que quiera. Tenemos en el consultorio una serie de elementos, para jugar, para dibujar también, podemos conversar y hablar, y le damos campo libre. En relación a esto la idea de asociación libre se amplía, ya no se limita solo a palabras que se entrelacen, sino que, ahora también, podremos asistir al entrelazamiento de una serie de dibujos, de una serie de juegos. Entonces, vemos de qué manera el concepto de sexualidad infantil comienza a expandirse. Podemos ver cómo el jugar y la sexualidad pueden tomar caminos divergentes. Supongamos, podemos encontrar un adulto en el que la capacidad de juego se ha desarrollado ampliamente, pero en cambio la sexualidad, se halla muy empobrecida, muy inhibida. O puede pasar lo contrario, una actividad de juego muy pobre, muy estereotipada, pero una actividad sexual muy desplegada. También podemos hallar disyunciones, así como la sexualidad y el jugar se articulan y se encuentran, en la idea misma de juego sexual. Podemos encontrar alguien que tenga una sexualidad sin juego, una sexualidad biológicamente intacta, pero eróticamente pobre, ya que no tiene juego. Así como también puede haber una actividad lúdica sin cuerpo, podría decirse una actividad lúdica altamente mentalizada. La palabra erótico marcará el punto de la incidencia del jugar en la sexualidad. Una actividad erótica no se puede pensar como una actividad mecánica de la sexualidad. También se pueden abordar la cuestión de las periodizaciones en lo que respecta a la sexualidad. Freud y Abraham establecieron estadios de la

sexualidad infantil como una sucesión lineal. Tenemos la fase oral, le sigue la fase anal, luego la fase fálica. Esto hacía a una periodización de la sexualidad también ligadas a ciertas edades de la vida, el primer año sería oral, el segundo anal. Esto se pensaba como una secuencia fija naturalmente planteada. Con autores como Klein, o más contemporáneos como Lacan, ya no pensamos en una sucesión lineal, sino que pensamos en términos de superposición de cosas que se dan, más bien, juntas con acentos, que, según el caso, predominan. O sea ya no pensamos en términos de primero esto y segundo lo otro. Si bien seguimos conservando la idea de sexualidad infantil, lo hacemos planteando modificaciones.

Por otra parte en cuanto a la periodización del juego, el primero en pensar una teoría del jugar fue Winnicott, quien no creía en las clasificaciones cerradas. Entonces la cuestión de la periodización del jugar se planteó de manera más compleja. Podemos distinguir direcciones diversas o cuestiones que se acentúan en diversas edades. Por ejemplo en el primer año de vida predominan juegos entre el bebé y aquellos otros que tiene más cerca, madre, padre, hermano. Luego, el deambulador se caracteriza por juegos de carácter exploratorio, como por ejemplo abrir algo para ver de que está hecho o jugar con todos los sonidos que puede producir un objeto dado. A los tres años de edad, podemos hablar de juegos narrativos, juegos que ya tienen un guión, una historia con comienzo, desarrollo y desenlace. Más tarde, en el niño de edad escolar pueden aparecer juegos reglados, es decir, juegos de regla. Todo esto se encuentra en relaciones de superposiciones más que de sucesión lineal, ya que los juegos entre el chico y el otro no hacen sino complejizarse y desarrollarse, o sea ya no será el niño y su madre, sino el niño jugando en grupo con sus pares, así como tampoco la exploración del propio cuerpo termina nunca. De manera que debemos acostumbrarnos a pensar en términos de superposición y coexistencia con prioridades según el niño del que se trate y no ya en términos de primero tal cosa y luego tal otra. A partir de lo anteriormente dicho, podríamos llegar a enunciar una regla, que podría rezar de esta forma: cuanto más simple, menos hay. Es decir, lo simple en lugar de ser lo propio del niño, es más propio de una patología. Cuando en un niño, sus juegos se reducen a unas pocas actividades con elevado grado de estereotipia, y muy simples en sí, esto corresponde a un trastorno, a algo que se encuentra afectado allí. Entonces, podríamos decir que lo simple no da cuenta de una condición natural. Una segunda regla en relación al jugar, es que en el jugar siempre se produce una diferencia, por más mínima que aquella sea. El jugar siempre produce alguna diferencia, el jugar no deja las cosas como están. Hay siempre una transformación a partir del jugar, una producción de diferencia, ya sea mayor o menor. Esto no puede darse si predomina alguna cuestión compulsiva, donde la diferencia nunca puede reducirse a cero, pero puede reducirse mucho. Supongamos que un nene de dos años agarra cualquier elemento de la vida cotidiana e intenta darle un uso,

un uso singular a ese objeto. Es decir ese objeto no estaba hecho para eso, pero se lo usa para eso. Aquí hay una transformación que produce una diferencia. De la misma manera uno podría decir que la sexualidad también produce transformaciones, pero éstas ligadas a nivel del cuerpo propiamente dicho. Podemos pensar en las transformaciones que conllevan para el niño las experiencias masturbatorias, o autoeróticas o de juegos sexuales. O las transformaciones que pueden sucederse a partir de un orgasmo en una relación sexual adulta. Mientras que las transformaciones del jugar son más amplias, las que respectan a la sexualidad infantil son mayormente acotadas al cuerpo.

Por último, introduciremos una cuestión que iremos desarrollando con el devenir de las siguientes clases. A simple vista, uno podría decir que el bebé explora su cuerpo y esta exploración posee un carácter lúdico. Sin embargo, si uno le da una vuelta más a esto, podríamos decir que **no se trata que hace algo sobre su cuerpo, sino que al explorar, hace su cuerpo**. No lo hace sobre su cuerpo, sino que hace su cuerpo. La idea de que explora su cuerpo está ligada a una concepción más bien biológica, médica incluso, en la que el cuerpo es una cosa que ya está allí que se puede agarrar. Sin embargo, nosotros estamos interesados en el cuerpo en tanto subjetivo, ya que no creemos en una disociación entre subjetividad y cuerpo, sino que la subjetividad misma es cuerpo, el cuerpo es subjetividad, pero el cuerpo no preexiste, lo que se vislumbraría, más bien, desde una perspectiva conductista. El niño debe hacer su cuerpo jugando. Se puede decir, entonces, que el bebé introduce el puño en la boca de un adulto, lo chupó, lo mordió. O podemos decir que al meterlo en la boca del otro y al hacer todo eso, con la boca y con los ojos, el bebé escribe algo como su boca y su puño. De esta manera el bebé hace su boca, inscribe algo del orden de una boca allí. Se trata de la constitución del cuerpo. De esta forma, se abre el capítulo del poder constituyente del jugar. Es decir, el jugar no como la expresión de algo ya hecho, sino como algo constituyente, constituyendo. Además a diferencia de la perspectiva clásica de Freud, o de Klein, tanto para considerar la sexualidad infantil como para considerar el jugar, actualmente no tomamos el punto de vista de la psicología individual. Es decir, de las peripecias de alguien que fuera el niño, como sujeto individual. Sino que lo pensamos en conceptos de entre, de espacio transicional. Winnicott nos invita a pensar esta cuestión y así enuncia que “*los bebés no existen*”, no existen como seres individuales. Para que haya bebé, debe haber un otro allí. La independencia no existe, no existe el ser independiente, por más adulto que sea, sino que siempre hay un entre que se encuentra regulando.